

sin nombre

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA
PUBLICADA POR EDITORIAL
SIN NOMBRE INC.

directora **NILITA VIENTOS GASTON**
sub-directora **MONELISA PEREZ MARCHAND**
administradora **ORITIA OLIVERAS DE CARRERAS**

AÑO I
VOL. I SAN JUAN, PUERTO RICO
NUMERO 3
1971

SIN NOMBRE revista literaria la edita editorial sin nombre, inc.
oficinas: cordero 55, santurce, puerto rico 00911;
apartado postal 4391, san juan, puerto rico 00905.
se publica trimestralmente, siendo éste el número
correspondiente a enero-marzo 1971, suscripción
anual: \$10.00; estudiantes de puerto rico \$5.00;
ejemplar suelto \$2.75.

CRITICA Y LITERATURA

ANGEL RAMA

Hay ideas recibidas que parecen indesarraigables. Están fieramente hundidas en el tesoro de las gentes comunes de tal modo que siempre relucen y acompañan a cualquiera otra. Concluyen siendo prestigiadas formas del hábito. Es el caso de las ideas sobre la crítica, que obligan a abrir toda reflexión sobre el tema con una sucesión de negaciones. Aunque conviene no olvidar que estas ideas recibidas han sido replanteadas en un nivel crítico por Maurice Blanchot, por lo que podemos estar refiriéndonos subrepticamente a ellas.

La crítica no es un *algo* que se suma a una obra literaria. Y aunque sea, como señala Barthes, un "metadiscurso", ya que funciona sobre un discurso literario anterior, eso no la transforma en apéndice ni en sombra tenaz o repetitiva. Ella *es* plenamente una obra a la que afectan los mismos problemas que al poema o a la novela. Ocupa dentro de la amplia, plural, dinámica estructura que compone la totalidad del género literario en un período determinado de su evolución, un lugar tan central como la obra creativa y a la vez desempeña una función rectora.

Si debiéramos resumir esta función diríamos que la crítica comienza por ser la que confiere existencia puesto que es a través de un discurso interpretativo que la composición original o primera se integra al campo específico de la cultura y por lo mismo es la crítica la que sitúa a la obra tanto entre las demás obras literarias como, simultáneamente, dentro de la pluralidad de significados culturales que se originan en otras disciplinas —filosofía, antropología, sociología, etc.— transformándola en un material integrado indisolublemente a la totalidad cultural; de inmediato, en esa misma rica operación, confiere organicidad visto que rige la interrelación de los valores a la vez que dinamiza el proceso cultural; por último elige, jeraquiza, explica, con lo cual incorpora los materiales sobre que trabaja a una estructura sistemática y valorativa. A esta tarea de tipo sincrónico se suma otra diacrónica, puesto que sólo la crítica es capaz de integrar el pasado en el presente a través de una lectura homogenizadora que proporcione un común denominador a épocas, estilos y estéticas; de este modo modifica y completa el sistema valorativo de cada época pero a la vez consolida un "corpus literario" que tiende a situarse más allá de las limitaciones de una sociedad en un determinado tiempo histórico; en efecto, tal conjunto de obras y significados comienza a prefigurar esas opciones profundas de la sociedad que encadenan el pasado al futuro o clarifica las líneas

tendenciales de una específica proposición civilizadora a partir de sus remotas manifestaciones hasta sus corroboraciones contemporáneas.

Por lo tanto no estaremos en presencia de una "literatura" si sólo contamos con desperdigadas, aisladas obras literarias, por excelentes que éstas sean; en cambio ellas se integrarán a un sistema —que eso es una "literatura"— en el momento en que sean absorbidas por la crítica dentro de su discurso explicativo. Esta afirmación, sobre la que avanzaron tautológicamente los estructuralistas, debe completarse con dos notas que frecuentemente niegan las tesis estructurales: que el *sistema literario* no puede desglosarse del cultural dentro del cual existe y se fundamenta, o sea que la literatura como tal es inescindible de los significados y opciones de la cultura en que surge, de los morales a los sociales, de los económicos a los religiosos; y que por esa situación el *sistema literario* dentro de cuya tesitura se define una sociedad histórica queda prefijado por las opciones del presente, —no sólo las estéticas sino las variadas que surgen de las demandas culturales centrales de la sociedad en su momento actual—, o sea que la visión literaria del pasado es hija de la visión del presente y ésta de las opciones civilizadoras. De este modo la sociedad no quedará puesta entre paréntesis en la operación de evaluación crítica sino que readquirirá su puesto clave en el proceso intelectual, aun cuando no lo tuviera en las obras literarias originarias que son su pre-texto.

Por eso la determinación primera de la crítica, para poder fundar el sistema, radica en una estimativa del presente literario. Es en el enfrentamiento con la contemporaneidad —enfrentamiento de tipo valorativo, lo que postula el manejo, explícito o implícito, de una estética—, donde se adquiere la conciencia reflexiva y surgen los principios culturales que guiarán la tarea. Como ya observó Hauser, nunca Wolfli y tras él Spitzer hubieran llegado a la posibilidad de reinterpretar el legado del barroco, si no hubieran partido de la lección estética de su tiempo signada por la aparición del impresionismo en la pintura y del simbolismo en la literatura. Por eso podemos decir que la crítica es una aventura, como lo es más reconocidamente la invención literaria: nace vívidamente, manifiesta visión original, modifica los presupuestos recibidos, del mismo modo que lo hace la obra literaria nueva, surgiendo de los mismos cenáculos, de idénticas experiencias, de similares tumultos.

Si la obra de arte se sitúa por lo común en la encrucijada de líneas nacionales e internacionales, también la crítica maneja coordinadamente tradiciones nativas peculiares, materias y tendencias, junto a orientaciones universalistas que son estéticas y filosóficas. Especialmente en las zonas marginales de la cultura que decimos integran el Tercer Mundo. Dentro de éste la coherencia sistemática de la operación crítica resulta mayor en la medida en que se acentúa la fragmentación y se pierde de vista la totalidad, de tal modo que de una historia literaria nacional o regional se desprenderá un pseudo-espíritu de sistema más riguroso que de una historia hispanoamericana o latinoamericana

o hispánica, y en éstas será también mayor que en una historia atlántica u occidental o en una historia universal. Ocurre, en verdad, que las leyes del sistema, a medida que éste se amplía, devienen más estricta y específicamente estéticas o ideológicas, mientras que, al reducirse y localizarse, tienden a incluir más posibilidades representativas concretas y a debilitar el rigor de sus exigencias artísticas. La crítica se pliega a estas ampliaciones y reducciones, no sólo en su contenido, sino también en su instrumental metodológico.

Así es que en muchas regiones o países latinoamericanos —en Colombia tanto como en Puerto Rico o Panamá— la crítica no alcanza a desarrollarse en su plenitud, desviándose por soluciones marginales, a veces perniciosas. En Puerto Rico es muy visible una oscilación de la reflexión sobre literatura, que la lleva de uno a otro de dos extremos bien alejados entre sí que dejan entre ellos una extensa tierra de nadie, aquélla donde debería florecer la crítica literaria. El primero no es propio del país; está tan generalizado en la América Latina que ha llegado a constituir un segundo circuito o circuito secreto de la vida intelectual, que incluye asociaciones, congresos, revistas, páginas literarias, conexiones, libros, sin que nunca llegue a rozar el principal o primero donde funciona realmente la cultura. Se trata de una supervivencia del provincianismo literario que se sostiene sobre una verdadera masonería de los medios, quienes instituyen, para sobrevivir, el régimen del “amiguismo”. Ellos, lejos de querer fundar una crítica, sólo aspiran a fundar una sociedad de socorros mutuos —“yo te exalto para que tú me exaltes”— cuyos cotizantes crecen en razón directa de la incapacidad literaria. Son legión, como los demonios, y disponen de circuitos de comunicación, actividades públicas y beneficios, muchas veces tan importantes como los de los escritores auténticos. Dentro de esta órbita pseudo-intelectual, el papel del crítico es asumido por el mismo escritor como un segundo oficio emparentado con los que corresponden al “pane lucrando”; efectivamente, está destinado a lograr una supervivencia, la literaria: la cantidad de incienso que administre será equivalente a la que espera recibir, de la cual dependerá su existencia como intelectual. Estas criaturas, como los demonios infernales, se corporizan con fuego, azufre y humo. Políticamente aspirarán a la protección del oficialismo, al que rendirán bien dispuesta pleitesía. Sus practicantes serán, por lo común, ornamentos del “establishment” —entiéndase, de cualquier “establishment”—, porque carecen de contextura ideológica o política así como de real utilidad pública, de modo que apenas si pueden aspirar a la función decorativa que a veces reclaman los poderes constituidos como complemento de la majestuosidad que debe rodear al trono. Su oficialismo, sin embargo, deriva fundamentalmente de su falta de adhesión pública real —un público que los lea y atienda— lo que les constriñe a depender de la dádiva de los poderosos. Por eso ellos prolongan, anacrónicamente, el régimen del patrocinio característico de los siglos aristocráticos.

Esta extraña fauna de la literatura no ha tenido hasta ahora analistas;

apenas si ha concitado el silencioso desdén de los cultos. Sin embargo es un fenómeno sociológico, ya que no artístico, de tanta enjundia como el representado por la auténtica cultura literaria, con incidencia profunda en las sociedades latinoamericanas, especialmente aquellas donde el proceso educativo es más reciente (caso de varios países del Caribe). Así, por ejemplo, a ese oscuro circuito literario se debe la permanencia epigonal de las formas literarias con un conservatismo que alcanza a preservar los productos rubendarianos al nivel popular; así, se le deben —por la combinación de sus esquemas simplistas con su convencionalismo moral y su neutralismo político-social— los modelos literarios propuestos a los niños en las escuelas y a los jóvenes en los estudios secundarios; así le corresponde la imagen ineficaz, divagatoria, aintellectual que las humanidades ofrecieron a la ciencia latinoamericana originando el desprecio de los científicos y el acrecentamiento de una distancia que ya había sido cavada por los españoles.

Que esta masonería de los mediocres tenga algún predicamento en Puerto Rico y disponga de Academias, diarios, grupos corales, salones mundanos, no quiere decir que el fenómeno sea patrimonio de la isla; podría deducirse que si sus ejercitantes actúan en ella con un erizamiento más grotesco que en otras regiones es porque han dispuesto de recursos económicos acrecidos. Algo similar ha ocurrido con este “medio pelo” intelectual en Venezuela, por las mismas razones; y en México, por razones derivadas del régimen palaciego a que es afecto el partido consuetudinario del poder.

En cambio resulta más específico de Puerto Rico y sólo comparable con Colombia, el otro extremo de la reflexión literaria, que queda tipificado por los estudios universitarios que la máquina de tesis provee con impertérrita regularidad año tras año y que no deben confundirse con el funcionamiento de la crítica. Al margen de las insuficiencias metodológicas de un material que aún se rige por el anacrónico modelo “Miguel-de-Cervantes-Vida-y-Obra” y donde a cualquier estudio estilístico se introduce por el portalón biográfico, no es novedad la separación entre la literatura viva y la Universidad que alguna vez razonó Vossler para contar los orígenes de su renovación crítica. Hace mucho tiempo que la inmensa mayoría de los escritores carece de títulos universitarios, ni los envidia, y hace más que sus obras nacen fuera de las aulas. Desde la eclosión modernista que fundó la literatura hispanoamericana, el desvío hacia la Universidad no ha hecho sino acentuarse, a pesar que, por las sabidas razones económicas, fueron muchos los escritores que se reengancharon como profesores universitarios. Esto sin embargo no los ha modificado: han vivido dentro de molestas y estrechas camisas sin adaptarse a ellas. Experiencias del tipo “escritor residente” inventadas por los norteamericanos han concluido en el desprestigio y en el reconocimiento, por sus practicantes, de que las seguridades económicas ofrecidas no compensaban la clausura de horizontes vitales y creativos que acarrea el encierro en los “campus” universitarios.

La literatura y dentro de ella la crítica literaria, difícilmente se resignan a la domesticidad universitaria. Es obvio que la tarea investigadora y crítica que se cumple dentro de las Universidades, cuando corresponde a niveles de seriedad académica, desempeña un papel nada desdeñable en la ampliación de los conocimientos (la tesis de Etiemble sobre Rimbaud) pero han sido raras las ocasiones en que las exégesis universitarias sirvieron al establecimiento de los valores literarios de una determinada comunidad cultural. Las razones pueden ser muchas y bastaría mencionar unas pocas: el tradicionalismo de esos estudios que los vuelve escasamente permeables a las renovaciones metodológicas (la estilística de fines del XIX ingresa a Hispanoamérica en la década del cuarenta por obra del centro de investigaciones de Buenos Aires; para todo lo ocurrido después ¿cuánto habrá que esperar?); el habitual desconocimiento en los cuadros docentes de la problemática de las literaturas contemporáneas; la especialización, que es obligada, pero que poda el panorama intelectual. Por lo común, de los aportes universitarios se espera no la iluminación del presente, sino la del pasado, pero aun en este campo es difícil encontrar una tesis que haya hablado mejor sobre Darío que Octavio Paz o sobre Martí que Cintio Vitier, y ambos son meramente poetas.

En resumen: debe convenirse que la Universidad, que desempeña un formidable papel en la educación y democratización de la sociedad puertorriqueña y que ha sido el instrumento más importante de transformación de una sociedad haciéndola ingresar a la modernidad en forma masiva, no cumple un papel similar en el terreno literario y en las formas culturales actuales. Tampoco lo cumplen otras Universidades, aún tan prestigiosas como la Autónoma mexicana, pero en ese país, al margen de los productos académicos, existe una continua y jerarquizada aportación crítica que debió mucho a Alfonso Reyes y debe mucho a la admirable obra de Octavio Paz —al punto de poder hablarse de una “escuela crítica Octavio Paz”— lo que ha permitido una función integradora de las obras en una gran estructura que casi no tiene igual en el continente. La ensayística libre que maneja creativamente la realidad y cumple las operaciones de la crítica que anotamos, ha sido capaz de instaurar ya modelos de comportamiento y grandes interpretaciones de la literatura como un sistema dentro del vasto sistema de la cultura.

Veo por último otros dos escollos al desarrollo de la crítica. Por encima de los cenáculos y las sosas fraternidades, los puertorriqueños se ligan dentro de otro tipo de agrupaciones: las políticas. En un país honda y justificadamente dividido por motivos políticos, el ataque al adversario ideológico disfrazándolo con la crítica de sus versos o prosa narrativa es tan perjudicial como la defensa acrítica del compañero de causa no por la legítima solidaridad de una trinchera, sino invocando presuntas excelencias de su obra literaria. Tal tipo de equivocado deslizamiento del juicio se ha dado entre el beligerante nacionalismo e independentismo que es donde se encuentran los mejores valores intelectua-

les del país. Si bien esta suerte de "amiguismo político" es una instancia superior que no debe confundirse con el mero "amiguismo" antes criticado, dado que significa la asunción de valores ideológicos, falla en cuanto no atiende simultáneamente a la especificidad artística de la obra.

Otro escollo es la incesante confusión de vida privada y pública, de intereses particulares y sociales, de campos literarios y campos económicos, de aficiones artísticas e inversiones monetarias, de proclamas ideológicas y preocupaciones burocráticas, que establece una perenne ambigüedad en el comportamiento del escritor, más grave cuando se trata del crítico para quien es condición primera la independencia del juicio, la que sólo puede sostenerse en una real independencia personal. El crítico potencial carece de recursos económicos, de posibilidad de publicación libre e incluso carece de la demanda del mercado intelectual que todavía parece requerir solamente al palaciego inciensador. Pero además se ve constantemente enfeudado a los intereses mundanos, sociales o económicos, lo que, de producirse plenamente, lo conduciría fatalmente al régimen del "ay bendito" y del "amiguismo" de los mediocres.

Por eso puede imaginarse que una crítica verdadera —esa tan necesaria y urgente para las letras puertorriqueñas— sólo podrá surgir de la zona del cuestionamiento decidido de los valores vigentes en la sociedad, ya que ella resulta apropiada para otorgarle la mayor libertad de funcionamiento. Siempre, claro está, que no reclame al crítico como mero soldado de la causa, porque en ese mismo instante él desaparecería. Su independencia y su función, interior y a la vez exterior al proceso cultural, son las claves de su tarea histórica.